

«La paz... mi paz»

«La paz os dejo; mi paz os doy» (Juan 14:27)

Bible Treasury

biblicom.org

Índice

1 - 2 aspectos de la paz	3
1.1 - La paz para la conciencia	3
1.2 - Es una consecuencia directa de la muerte de Cristo	3
2 - Distinguir entre «la paz con Dios» y «la paz de Cristo»	3
2.1 - Como el fin de la guerra contra Dios	3
2.2 - La paz de Cristo, «mi paz», nunca ha sido perturbada por el pecado	4
2.3 - Las características de la paz de Cristo	4
2.4 - La excepción de la cruz	4
2.5 - Más detalles sobre la paz de Cristo	4
3 - La paz como herencia del creyente en Cristo	5
3.1 - Una paz que nos ha sido concedida como resultado de su muerte	5
3.2 - Una paz dada en comunión con un Cristo vivo	5
3.3 - Los creyentes están llamados a dejar que «la paz de Cristo» presida en sus corazones	5
4 - El Dios de paz y el Señor de paz	6
4.1 - Una paz otorgada en 2 Tesalonicenses 3:16 (una expresión rara y distinta)	6
5 - El Dios de paz: única fuente de paz	6
6 - El Señor de paz: fuente y dispensador de la paz	7
6.1 - Cristo, nuestra paz	7
6.2 - La paz dispensada está por encima de las circunstancias perturbadoras	7
6.3 - La paz comunicada es un carácter vivido en la comunión con Cristo	8
7 - Las aplicaciones prácticas para los creyentes	8
7.1 - La verdadera paz no está condicionada por las circunstancias	8
7.2 - Peligro: nuestra voluntad y nuestra naturaleza carnal perturban esta paz	8
7.3 - Llamados a caminar en la luz de la presencia de Dios	8
7.4 - El Señor es fiel para dar la paz «siempre y en todo momento»	9
8 - Conclusión: Cristo exaltado dispensando paz en todas las circunstancias	9

1 - 2 aspectos de la paz

Este versículo nos presenta 2 aspectos de la paz. «La paz os dejo es diferente de: «Mi paz os doy».

La paz se presenta de muchas formas y necesitamos la paz en todas sus formas.

1.1 - La paz para la conciencia

En primer lugar, necesitamos paz para nuestra conciencia, y el Señor quería que la conciencia de sus discípulos fuera feliz y libre ante Dios. Podemos decir que esa fue la razón principal de la venida de nuestro Señor a la tierra, y de su muerte en particular.

1.2 - Es una consecuencia directa de la muerte de Cristo

Como se dice: «Haciendo la paz por medio de la sangre de su cruz» (Col. 1:20). Y así, en la plenitud de esta paz, cuando resucita de entre los muertos, lo primero que dice es: «Paz a vosotros», una paz tan plena, tan abundante, que nuestro Señor la repite por segunda vez en relación con la misión que confía a sus discípulos: «Paz a vosotros. Así como el Padre me envió a mí, yo también os envío... A los que perdonéis los pecados, les son perdonados; y a los que se los retengáis, les son retenidos» (Juan 20:21-23).

2 - Distinguir entre «la paz con Dios» y «la paz de Cristo»

2.1 - Como el fin de la guerra contra Dios

La primera paz bendita es la que reina entre Dios y nuestras almas, en cuanto a la guerra que librábamos contra Dios cuando éramos sus enemigos. Pero eso no es todo. Cuando la hemos encontrado, cuando la conocemos, cuando descansamos en ella, es absolutamente necesario para el bienestar de nuestras almas que conozcamos la paz de Cristo. Esto muestra inmediatamente la diferencia.

2.2 - La paz de Cristo, «mi paz», nunca ha sido perturbada por el pecado

Cristo nunca necesitó la paz que nosotros, que éramos enemigos de Dios, necesitamos; y, sin embargo, disfrutaba de una paz que, en cierto modo, nunca había existido. Por eso no solo dice: «La paz os dejo», sino que añade «*mi* paz os doy», la paz de la que siempre disfrutó, que reinaba en Él e iluminaba todo lo que le rodeaba.

Para confirmar esto, es notable encontrar la expresión en [Colosenses 3](#): «Y la paz de Cristo, a la cual fuisteis llamados en un solo Cuerpo, gobierne en vuestros corazones» (v. 15).

2.3 - Las características de la paz de Cristo

Él, la Cabeza del Cuerpo, siempre disfrutaba perfectamente y sin interrupción de esta paz; no era como si se hubiera visto privado de ella o como si necesitara que se la proporcionaran; era Aquel a quien nada perturbaba jamás. Podía sufrir, indignarse, gemir, llorar... conocía todo eso, pero su paz permanecía en él a pesar de todo.

2.4 - La excepción de la cruz

No hay duda de que en la cruz la experiencia de nuestro Salvador fue muy diferente. No se puede hablar de paz allí. Pero lo que él experimentó allí, no estamos llamados a conocerlo en lo más mínimo. Ni siquiera podríamos acercarnos a ese horno calentado 7 veces más de lo habitual, donde todas las cuestiones relativas a nuestros pecados fueron resueltas entre Dios y su Hijo amado. Había allí un sufrimiento especial, ante el cual todos los demás debían callar cuando se hacía oír la Palabra de Dios; el gran y solemne juicio del pecado seguía su curso entre Dios y Cristo, y esa hora sigue siendo única, para siempre.

2.5 - Más detalles sobre la paz de Cristo

Pero, con la excepción de una escena que se distinguía de todas las demás, en lo que respecta a las relaciones ordinarias de Cristo con Dios (por mucho que le consumiera el celo de su corazón), una cosa nunca cambiaba. Este celo no estaba siempre en

acción, pero siempre estaba listo para responder a todo lo que exigía que se manifestara. Pero todo estaba en su lugar, porque él esperaba a Dios y a cada momento bebía de los recursos infinitos de Dios. Podía decir: «Yo vivo por medio del Padre» (Juan 6:57). Así, cualquiera que fuera el celo que a veces le hacía arder de indignación contra los que profanaban la Casa de su Padre, cualquiera que fuera la tierna compasión que podía llegar hasta el dolor, por muy dura que fuera la reprensión que convencía a sus discípulos de su incredulidad, y por muy justa que fuera la ira de su alma que denunciaba vivamente el orgullo y la hipocresía de los hombres que se revestían del manto de la religión, una cosa nunca fallaba, porque nunca estaba ausente, sino que fluía en abundancia en su alma: era su paz. ¡Qué pensamiento tan maravilloso es que él nos dé tal paz!

3 - La paz como herencia del creyente en Cristo

3.1 - Una paz que nos ha sido concedida como resultado de su muerte

Jesús nos «deja» la paz como última herencia que nos viene de su muerte, la paz, como parte que se ha ganado con justicia el alma que cree en su nombre.

3.2 - Una paz dada en comunión con un Cristo vivo

Pero «*mi paz*» parece ser una bendición más profunda y personal, que no proviene solo de su obra, sino que brota de su propio corazón, que siempre estuvo lleno de ella. Supone la paz que él nos ha dado con la sangre de su cruz y que nos ha dejado; pero continúa poniéndonos maravillosamente en comunión con él mismo, y ahora disfrutamos de la paz de la que él mismo disfrutaba.

3.3 - Los creyentes están llamados a dejar que «la paz de Cristo» presida en sus corazones

«Y la paz de Cristo [*no* la de «Dios» aquí], a la cual fuisteis llamados en un solo Cuerpo, gobierne en vuestros corazones; y sed agradecidos» (Col. 3:15). Él nos da

su paz, él, el Señor de paz, que caminó en esa paz como nadie más lo hizo, probado como solo él lo fue o pudo serlo. ¡Que apreciemos su paz!

4 - El Dios de paz y el Señor de paz

4.1 - Una paz otorgada en **2 Tesalonicenses 3:16** (una expresión rara y distinta)

Hay otro pasaje de las Escrituras que me gustaría mencionar brevemente: «Y el mismo Señor de paz os dé siempre y de toda manera la paz» (2 Tes. 3:16).

Oímos repetidamente a Dios darse a sí mismo el título de «Dios de paz» (vean [Rom. 16:20](#); [Fil. 4:9](#); [1 Tes. 5:23](#); [Hebr. 13:20](#)). «El Señor de paz» es una expresión mucho más inusual. No creo que tengan exactamente el mismo significado, aunque están estrechamente relacionadas.

5 - El Dios de paz: única fuente de paz

«El Dios de paz» se refiere a Dios como la fuente de la paz. Solo él puede serlo. La paz es lo que menos conoce una criatura pecadora. ¿Cómo podría ser de otra manera para alguien que está en guerra con Dios? El hombre caído se complace en el cambio. Recurre a él como una miserable distracción para no tener que enfrentarse a la verdadera condición de su alma, su vida pasada, su estado presente y todo lo que le espera. Tiene miedo de ver las cosas tal como son; le repugna examinarse demasiado; y retrocede ante el Dios que él sabe haber despreciado y del que no es digno. ¡Qué cambio cuando esa alma reconoce a ese Dios como el Dios de paz! Y, sin embargo, Dios no ha cambiado, es el alma la que ha cambiado. Porque Dios es el Dios de paz, pero esta alma solo lo conoce porque se ha convertido en tal para ella, mediante una nueva creación y la redención. Ha sido liberada de su antiguo yo y, por lo tanto, colocada en Cristo, quien ha quitado todo el mal de esta alma y la ha llevado a su propio bien. Es imposible que Dios no sea el Dios de paz, porque mediante la obra redentora de Cristo en la cruz, ha eliminado por completo todo aquello con lo que debería haber estado en guerra para aquel a quien se revela, y ha dado la propia vida de Cristo para que sea su vida. Dios solo puede amar, apreciar y regocijarse en lo que es de Cristo. ¿Qué hay más sencillo? Y es Dios

quien opera este gran cambio –Él mismo no cambia, como si el Creador fuera una criatura variable como nosotros–, sino que es Cristo quien marca toda la diferencia, y ya no el «yo». Mantengamos esto firme, regocijándonos de no tener nada que presentar a Dios, nada de lo que podamos jactarnos, sino de tener ahora a Cristo, a quien antes despreciábamos.

6 - El Señor de paz: fuente y dispensador de la paz

Pero «el Señor de paz» es otro aspecto de la verdad que tiene su propia importancia bendita. No es Dios quien ha hecho la paz mediante la sangre del Señor Jesucristo, y por lo tanto puede permitirse ser el Dios de paz para quien posee a Cristo. Pero la expresión «el Señor de paz» nos dirige a Cristo mismo.

6.1 - Cristo, nuestra paz

No es solo que él sea nuestra paz, lo cual es muy cierto, y la Epístola a los Efesios nos dice que Cristo mismo es nuestra paz (2:14). Una preciosa manifestación de lo que la gracia de Dios nos ha dado en Él.

6.2 - La paz dispensada está por encima de las circunstancias perturbadoras

Él es también el Señor de paz. Con esto quiero decir que no solo es nuestro Señor y el Señor de todos, sino que es aquel que sabe cómo traer la paz, aquel que está por encima de todas las circunstancias que tienden a perturbarla. Se habla de esta paz en [Juan 14](#), donde el Señor Jesús dice: «La paz os dejo; mi paz os doy», es decir, dejó la paz como fruto de su propia muerte, pero luego nos da la paz de la que él mismo disfrutaba. La paz que «dejó» es la paz que recibimos por la fe en él. La paz que Cristo da es la paz en la comunión con él después de haber recibido la paz por su muerte.

6.3 - La paz comunicada es un carácter vivido en la comunión con Cristo

Es maravilloso que corazones como los nuestros sean capaces de tal comunión con él en lo que naturalmente contrasta tanto con nuestra propia condición. La razón es que Dios ahora ha reemplazado al primer hombre por el segundo, y cuanto más lo aplicamos simplemente, más apacibles estamos en medio de lo que tiende a perturbarlos. Siempre podemos contar con nuestro Señor.

7 - Las aplicaciones prácticas para los creyentes

7.1 - La verdadera paz no está condicionada por las circunstancias

¿En qué manos están las cosas que escapan totalmente a nuestro control? Sabemos que están en las manos de Dios, y nuestro Dios es el Dios de paz.

7.2 - Peligro: nuestra voluntad y nuestra naturaleza carnal perturban esta paz

De lo que debemos estar guardados es de nuestra propia voluntad y de nuestra propia naturaleza sobre la que actúa. No debemos dejarnos gobernar por ellas ni por las circunstancias. Hemos sido llevados a la luz de la presencia de Dios, y ahí es donde caminamos; creer y descansar en esta verdad de nuestro Dios, por la que tenemos que manifestar su Palabra, es precisamente el punto de anclaje de nuestra fe día tras día. Qué liberación, entonces, de todo lo que es engañoso, tortuoso, desagradable, mezquino o no cristiano, en lo que sin duda caeremos si lo perdemos de vista.

7.3 - Llamados a caminar en la luz de la presencia de Dios

Si caminamos conscientemente en la luz, nunca tropezaremos; de lo contrario, nuestro «yo» se manifestará en las diversas formas del Adán caído.

7.4 - El Señor es fiel para dar la paz «siempre y en todo momento»

Tenemos al Señor de paz en quien podemos confiar, que lleva el timón y que no solo preserva la barca, sino que también controla los elementos. «El mismo Señor de paz». Porque no confiamos en las circunstancias ni en las personas; porque aquellos en quienes más confiaríamos a menudo nos causarían los mayores sufrimientos.

8 - Conclusión: Cristo exaltado dispensando paz en todas las circunstancias

Es bueno que aprendamos esta provechosa lección, que Dios no nos permitirá hacer un ídolo de nada ni de nadie. Dios está por encima de todo; y no *solo* eso, sino que hay un hombre por encima de todo, un hombre que nos ama perfectamente, un hombre que está a la cabeza del universo, glorificado y colocado por encima de todas las obras de Dios. Este hombre es nuestro Señor, y nuestro Señor es el Señor de paz. «Pero el mismo Señor de paz os dé *siempre y de toda manera* la paz». ¡Qué bendición! Sin duda, esto está en su poder, y aquel que os ha llamado es fiel y lo hará.